

Con la derrota de la República española, la suerte del grupo estaba echada.

En el recuento de la dispersión podría haber concluido esta historia de los Niños de Morelia. Pero Dolores Pla rastreó los pasos siguientes de los adultos. El capítulo final es ejemplar en varios sentidos. No es el menos importante el de las comparaciones cuantitativas, que se revelan útiles para justificar el quiebre básico con los estereotipos que por años anquilosaron las historias de los refugiados y exiliados españoles. Cuentas claras, llevadas con pulcritud y sencillez, que ubican en su justo lugar a los Niños de Morelia con respecto a la cantidad de españoles llegados en aquellos años. Pero también los ubica en el resultado a largo plazo de las políticas gubernamentales en educación, en su relación con el Estado mexicano y con los otros españoles —antiguos residentes y refugiados de la guerra civil. El relato logra su propósito cuando explica la situación de los Niños de Morelia durante sus vidas adultas. Tal vez el éxito de cualquier narración histórica radique en su solución final, cuando explica el suceso pasado y sus resultados en la vida de los

hombres. Cuando se abre al destino. Es aquí donde el libro de Pla cierra correctamente el círculo narrativo. En junio de 1937, casi medio millar de niños españoles llegaron a México asilados por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Se calculaba que su estancia no rebasaría unos cuantos meses, en los que se les ofrecería educación y una vida digna dentro de un internado. El exilio se pensó temporal. Pero el destino diría otra cosa: la derrota de los republicanos y el largo gobierno franquista volvieron a México no un refugio sino espacio social y nacional en el que vivirían. Y aquí, en esta geografía y en esta sociedad supieron sumarse, sobrevivir y destacar.

El *pathos* de la distancia existe. Sesenta años han pasado desde que los Niños de Morelia llegaron a nuestro país. Las pasiones políticas de aquel momento se enfriaron con el cambio generacional. Hoy no se trata de dirimir diferencias ideológicas, como sucedió desde los años treinta hasta casi mediados de los setenta. El reto ahora es evitar que se olvide ese capítulo de la historia del exilio. Tal es la función de esta reimpresión. Pero depara una felicidad adicional al lector. Hoy, casi

veinte años después de la primera edición, la misma narración, corregida y enriquecida con fotografías, invita a una lectura con resultados muy distintos. No sin perplejidad, volver a leer la historia de los Niños de Morelia, entender sus testimonios y reconsiderar la interpretación propuesta por Dolores Pla se descubre en una muy distinta dimensión. Más allá de la atractiva edición que reactualiza esta historia de exiliados políticos, de las rudas costumbres educativas de una época, de conflictos políticos en México y en España y de generosidades y gratitudes que por fortuna no se ensombrecieron ni olvidaron como consecuencia de las crudezas del momento, este libro es muy distinto a su original. Hoy se descubre también como una suerte de astucia más que humana, como forma del equilibrio del universo: este libro es la huella de una función vital, la de la memoria de los sobrevivientes, la de las imágenes trasladadas a palabras de una lección que no se debe olvidar. La tarea de los Niños de Morelia sería la de hacer públicas sus experiencias, en primera persona; al recordar, encontraron su lugar en la historia.

## México solidario

### Dolores Pla

José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, 492 p.

José Antonio Matesanz fue pionero en el estudio del exilio republicano español en México y ha dedicado diversos estudios al tema. La recopilación que publicó bajo el título *México y la República española 1931-1937. Antología de documentos* es sin ninguna duda un libro fundamental para acercarse al tema de

las relaciones México-España y a la historia del exilio; no hay investigador que se ocupe de estos asuntos que no tenga que recurrir a él. El ensayo "La dinámica del exilio" ha resultado durante largo tiempo útil y sugerente, y en su momento abrió la puerta a pensar la emigración republicana española a México de ma-

nera novedosa. Acompañando a la doctora Clara E. Liá, Matesanz incursionó también en la historia de dos instituciones inseparables de la vida del exilio: La Casa de España en México y El Colegio de México, historias ambas rigurosas, necesarias y ejemplares.

Sin embargo, todos esperábamos *el libro*, el que desde hacía tiempo sabíamos que estaba cocinando José Antonio Matesanz. Por fin salió. Cuando vi *Las raíces del exilio* me asusté un poco. Conociendo la trayectoria de su autor sabía que iba a ser un gran libro, lo que no me esperaba es que fuera un libro tan grande. Y necesitaba leerlo urgentemente porque así lo requería la investigación que yo tengo en marcha en este momento. Ni hablar. Tuve que hincarle el diente inmediatamente. Al hacerlo, lo primero que sucedió es que su lectura me apasionó. Necesitaba leerlo lápiz en mano, marcando todo aquello que me fuera útil —que por cierto era prácticamente todo— y, sin embargo, lo más frecuente fue que atrapada por la lectura avanzara sobre sus páginas sin acordarme más del lápiz y los subrayados. Con ello quiero decir que la primera característica que se destaca del libro de José Antonio Matesanz es que se trata de un texto delicioso y emocionante. Alguna vez me había comentado mi maestro que deseaba que su libro se leyera como una historia de intriga y misterio —creo que éstas fueron las palabras que dijo—, pues lo logró. Eligió el estilo narrativo y sus cualidades como escritor hicieron el resto.

Conocedor profundo y apasionado de la guerra civil española y del México de Lázaro Cárdenas, en su texto recorre y enlaza ambas historias desde el extraordinario mirador que ofrece la prensa mexicana de la época a través de dos periódicos *El Nacional* y *Excelsior* —oficialista el primero, opositor el segundo—, con

la intención de contestar una pregunta fundamental: ¿qué fue lo que hicieron México, su gobierno y su sociedad, ante la guerra civil española? y con ello llegar a la comprensión de las raíces del exilio republicano español en México.

La cantidad de temas, problemas, personajes, actores sociales y aun anécdotas que aborda el doctor Matesanz no se pueden resumir en unos cuantos párrafos, pero sí se pueden enunciar los principales asuntos que trata. El libro inicia revisando las tomas de posición de los diversos sectores de la sociedad mexicana frente al estallido de la guerra en España. Repasa desde la “guerra de tinta” —como él le llama— que se da en la prensa, hasta el impacto de la guerra en los espectáculos de la ciudad de México, pasando entre otras por las posturas del gobierno, de los sindicatos, de los intelectuales, de las organizaciones de derecha y de la antigua colonia española establecida en el país.

El segundo apartado, particularmente apasionante, se refiere básicamente a los envíos de armas desde México a la república, en especial en los vapores “Magallanes” y “Mar Cantábrico”. Exitoso el primero y fallido el segundo, las narraciones que de estos dos envíos hace el doctor Matesanz ciertamente se asemejan a una historia de suspenso. Mención especial merece el rastreo que en este capítulo se hace de la actividad de un personaje de primera línea en toda esta historia, el embajador republicano en México Félix Gordon Ordás.

Continúa con el capítulo “Los frentes diplomáticos”. Ahí se hace una revisión de las batallas diplomáticas en que se vio envuelta la República Española en guerra. Como no podía ser de otra manera, Matesanz analiza con la profundidad que la cuestión requiere el papel de

la diplomacia mexicana, especialmente los esfuerzos realizados por Isidro Fabela y Narciso Bassols en favor de la república acosada. Revisa también en detalle un episodio poco conocido: el problema que significó para la embajada mexicana en Madrid el que en ella se refugiaron un buen número de simpatizantes de los alzados, situación que ponía a México, país indudablemente amigo de la República, en una situación difícil.

Por supuesto un capítulo fundamental del texto se refiere a la génesis propiamente dicha del exilio. Quizá no todos saben que los primeros contactos oficiales entre la España republicana y México tendientes a analizar la posibilidad del establecimiento de refugiados en México se dio en fecha tan temprana como 1937. Matesanz describe con todo detalle cómo se dieron estos contactos y cuál fue la postura de Cárdenas. Al mismo tiempo pasa revista a las, digamos, “avanzadillas” del exilio: la llegada de los que con el tiempo serían conocidos como los Niños de Morelia; la de aquel grupo de españoles conspicuos que recibieron refugio en 1938 en La Casa de España en México; y una tercera tentativa, quizá poco conocida y que a la postre resultó fallida, la de permitir la entrada a México de los integrantes de las Brigadas Internacionales.

A continuación se revisa, con todo detalle también, cómo se prepara en México la llegada del “exilio masivo”, el que habría de arribar a partir de mediados de 1939 en medio de encendidas polémicas que en más de una ocasión pasaron de las palabras a los hechos, no en balde el capítulo se llama “Las disputas por los refugiados”. También se ocupa Matesanz de las disputas *entre* los refugiados, al describir un momento especial de las mismas, la llegada del famoso yate Vita a tierras mexi-

canas. Y aun atiende lo sucedido con los *otros españoles*: la Falange española en México.

El libro cierra con la llegada de los refugiados en 1939: empezando con lo que Matesanz llama un “goteo” de personalidades y culminando con la llegada del vapor Sinaia, la que con el tiempo se ha convertido en el momento de la llegada por excelencia.

Si bien el texto se caracteriza por ser una narración en la que se entrecruzan y tejen “voces de agonistas y protagonistas”, es también un trabajo de reflexión e ideas. Así Matesanz se ajusta a lo que le oyó decir en algún momento a su maestro Luis Villoro: “Ni hechos sin ideas, ni ideas sin hechos”. Por ello su narración desemboca en algunos planteamientos fundamentales:

Para entender la postura de México, única en su tiempo, de apoyo a la República Española y a los republicanos, si bien hay que tener presente que ambos países tuvieron una historia en algún momento compartida —y el que existiera también

una correlación entre lo que vivió la España de la época y el México de aquel tiempo, que colocaba a mexicanos, vale decir, cardenistas, y republicanos del mismo lado de la trinchera— estos elementos “historizantes” no resultan suficientes. Hay razones más inmediatas, más políticas, dice Matesanz con razón, que explican mejor el compromiso mexicano. El México de la época podía beneficiarse vendiendo armas a la República en guerra, defendiéndola en los foros internacionales y abriendo sus puertas a niños, intelectuales y trabajadores.

Vender armas a la República, en contra de la voluntad de Europa y de Estados Unidos, además de ser un comercio legítimo, era un acto más de reivindicación de la soberanía mexicana, en favor de la cual el cardenismo ofreció y ganó otras batallas. También la defensa a ultranza de la República en el ámbito de la diplomacia se inscribe en la lucha contra el intervencionismo en la que estaban empeñados los propios mexicanos y que tuvo la virtud adicio-

nal de ganarle a México un prestigio que, como país “pequeño” en el ámbito internacional, no podía obtener con facilidad. Por otra parte, la recepción de estos refugiados en particular, era vista certeramente, desde la óptica del gobierno mexicano, como una medida que iba a traer al país beneficios sociales, económicos, culturales y aun políticos, dice Matesanz. Y un asunto relevante en todo ello es que Cárdenas y el estado mexicano que representaba supieron conjugar en perfecta concordancia lo que era benéfico para su país, el interés nacional, con un gran gesto de solidaridad en todos los sentidos.

También el gran apasionamiento con que se vivió en México el problema español rebasa las versiones “historizantes”. Debe explicarse, apunta Matesanz, por el hecho de que las reacciones ante lo que sucedía en España eran en el fondo parte de batallas internas: “al luchar por las causas españolas se estaba luchando también, y en primer lugar, por las mexicanas”.

## Conjurar el olvido

### María del Carmen Collado\*

Alicia Olivera de Bonfil (coord.), *Las archivos de la memoria*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, Serie Historia, núm. 394), 1999, 206 pp.

Este libro, coordinado por Alicia Olivera de Bonfil, recoge la experiencia de 16 trabajos construidos a partir de proyectos de historia oral de

diversa índole, del uso de la fotografía y los noticieros cinematográficos como documentos históricos, de la recuperación de memorias, “papeles de familia” y fondos documentales atesorados por la comunidad. Todos ellos constituyen una veta riquísima para la elaboración de la historia social y de las mentalidades. Los textos reunidos en esta obra son un catálogo valioso para acercarnos a las experiencias de estos investigadores en la búsqueda de la “otra

historia”, la elaborada por los propios actores sociales, la que recoge las percepciones del hombre común y corriente y también la de algunos profesionistas sobre su trabajo. Simultáneamente, representan una invitación para que “inventemos” nuestros propios archivos a partir de materiales nuevos que nos permitan conocer la historia reciente desde la perspectiva de actores muchas veces alejados de la institucionalidad.

\* Instituto Dr. José Ma. Luis Mora.